El desafío del cine

Comunicar los valores cristianos en una cultura mediática

Estamos en 1895 cuando en Francia, por obra de los hermanos Lumière, nace el cine. A través de un singular instrumento que funcionaba tanto de cámara como de proyector, el *cinématograph*, los dos operadores proyectan la llegada de un tren, la salida de los obreros de una fábrica y los juegos de un niño. Los mismos hermanos Lumière proyectaron después las primeras imágenes del famoso tren que llegaba a la estación de La Ciotat. El evento representa no sólo el inicio del cine; aquel tren marca un hito del sueño largo como la historia misma de la humanidad, la historia de una *gran ilusión*, el sueño de la creación de realidades paralelas: desde los trucos de efectos especiales, a la realidad virtual.

Hoy el cine comparte su protagonismo con la televisión e Internet. Hay una fusión de medios y la película realizada para la visión en una sala se puede ver en TV, pero también en DVD, y en la computadora, descargándolo de Internet y hasta en el celular. Evidentemente, estamos en un momento en el que el cine busca su lugar en el magma tecnológico, un momento de cambio, pero también de crisis, el fin de una era, el inicio de otra y no sabemos cómo irá a terminar. El hecho es que en el fondo de este panorama imprevisible, los contenidos audiovisuales (cine, TV, you tube, etc.) continúan siendo el principal vehículo de ideas y modeladores de las conciencias y comportamientos.

Nuestra época es, sin duda, privilegiada porque la difusión generalizada de los media une el mundo en una comunicación global que reduce las distancias de lugar y de tiempo. El cine en particular es un instrumento creativo que ha sabido conciliar la poesía, el arte y la música, para representar el mundo en el cual vivimos. No es sólo evasión, es también un poderoso instrumento de reflexión y comunicación que desde sus orígenes, ha tratado de narrar la historia del hombre y su búsqueda de Absoluto. Constituye uno de los lugares donde confluyen los fenómenos más importantes que afectan a la sociedad, la cultura y las costumbre. Si nosotros somos lo que somos, además de la normal formación dada por la escuela y por la vida, lo debemos sin duda, también a las películas que han representado todo: el sentimiento, la inteligencia y el compromiso.

Es necesario mirar al cine como una de las ocasiones para ayudar el crecimiento del hombre en su vida cotidiana. A la centralidad de la persona se integran todas las dimensiones de la existencia: desde la experiencia religiosa a la vida afectiva, desde el sufrimiento a la alegría, desde el nacer al morir.
La cámara es un instrumento extraordinario para penetrar y corregir los aspectos más misteriosos de la vida en todas sus circunstancias y en todas sus expresiones. Una película puede exaltar los aspectos más bellos entrando en lo más íntimo del corazón, pero puede presentar también los lados más oscuros de la existencia, hasta desfigurarla y vilipendiarla.

Es decir, una forma de comunicación que no puede ser extraña a la religión, de la cual conserva los grandes contenidos morales también con referencias de sentido mediatos y, no raramente, transfiguradas por las reglas del mismo lenguaje cinematográfico.

¿Cuáles son entonces las características, las condiciones que deberían tener una película para comunicar realmente los valores cristianos?
"El cine debería llevar a los hombres solamente lo que es útil para ellos, lo que le sirve a su instrucción humana, civil, religiosa… llevar lo que es veramente bueno", esto soñaba y nos enseñaba don Alberione.

Deseo recordar a todos nosotros un bellísimo texto de la alocución del 6 de mayo de 1967 que Paulo VI dirigió a los escritores y artistas y que fue tomada palabra por palabra, citando obviamente la fuente, por Juan Pablo II en su discurso *A los operadores de los mass-media* durante el viaje apostólico a los Estados Unidos de América y Canadá *«Registry Hotel» (Los Angeles) martes, 15 de septiembre de 1987.* Era la primera vez que un Papa hablaba de las comunicaciones a personas de la industria:
"Cuando ustedes - decía Paulo VI y sucesivamente repetía Juan Pablo II – escritores y artistas (y se puede también aplicar a directores, actores y productores del cine) saben extraer de las actividades humanas, por humildes que éstas sean, un acento de bondad, inmediatamente un esplendor de belleza recorre la obra. No se les pide que hagan las veces de moralistas con principios fijos, porque aún se da crédito a vuestra mágica habilidad, de hacer entrever el campo de luz que está detrás del misterio de la vida humana". quita lo corpóreo y lo físico, que penetra en el misterio de lo invisible. Por otra parte, como había dicho en los años 30 un escritor de lenguaje cinematográfico, "la película hace visible el alma invisible".
El problema de cómo representar en imagen el mundo espiritual e invisible, está presente en toda la historia del cine. En algunas películas el sentimiento religioso, la espiritualidad y lo sacro son una clara manifestación de las opciones realizadas por el hombre.

"Es necesario deponer las tijeras de la censura y tomar en mano la cámara" porque "la fuerza del cine sobrepasa la escuela, el púlpito y la prensa y se encamine a resultados cada vez mayores" Así indicaba el beato Santiago Alberione que inició la actividad cinematográfica el 18 de Marzo de 1938. Aquel día, de hecho encargó a dos sacerdotes de la Sociedad San Pablo para iniciar el apostolado del cine.

El cine, medio de Comunicación, instrumento de cultura y de profundo conocimiento, gracias al poder del extraordinario de la imagen, representa un lenguaje universal, que sabe llegar al corazón y que, con su fuerte impacto visivo, no puede dejar indiferentes. Si se utiliza con responsabilidad y respeto puede convertirse en altoparlante en grado de difundir en todo el mundo la voz del hombre y de Dios.

Teresa Braccio, fsp